

LA LLUVIA QUE BORRA LOS CAMINOS

Gabriel Mendoza

El dolor se volvió denso, pedregoso, cuando el altoparlante comenzó a sonar. Era una voz de cartón: los autobuses *Estrella del Sur* anunciaban su salida de las veintidós treinta horas con destino a la ciudad de Morelia, pasando por Toluca, por Zitácuaro, por Ciudad Hidalgo y por quién sabe qué tantos pueblos más. Pensó entonces que el rechinado interno era pasajero, que no lastimaba, pero se daba poco crédito a sí mismo. Sentía como ratones mordiéndole los sesos.

Rápidamente caminó a lo largo de la estación. A su izquierda, desparramados por el piso, había diez o doce bultos de carne y ropa que parecían gente dormida. Bendito sueño, se dijo. Quién pudiera morirse hasta que se borrarán el dolor de cabeza y los recuerdos. O al menos dormir, aunque sea un rato, sin soñar por el amor de Dios.

Ya en la taquilla, el encargado tenía el rostro cubierto de acné. Se esforzaba mucho, según parecía, en verse amable al momento de vender el boleto.

—Son mil doscientos pesos a Morelia —dijo.

Detrás de sus anteojos, intentaba dibujar una sonrisa sin conseguirlo. Se hubiera muerto de hambre vendiendo seguros de vida.

—Démelo —respondió él—. Su cabeza era un gruñido.

Pasó la mano a través de la ventanilla y dejó el dinero. En el cristal se reflejaba su expresión de ahogado a la deriva. El encargado le indicó que debía esperar la salida del autobús allí al lado, en una sala donde la luz era tan clara que

desnudaba. Le mentó la madre en silencio. Dio la media vuelta y se sumergió en el brillo del piso. Pensaba en Sofía. En los años compartidos, en los años sin compartir, en los años en que estuvieron completamente solos —aun viviendo juntos— y en lo triste que sonaba su nombre: Sofía. Nunca lo había notado. Era como un lamento.

Ahora el dolor flotaba dentro del cráneo. Ya no taladraba, sólo flotaba. Caminó de nuevo entre mucha gente que aparecía y desaparecía de un lugar a otro. No alcanzaba a observar a nadie en concreto, pero no hacía falta. Estaba recordando con insistencia la noche anterior: después de muchos años de separación, había encontrado a Sofía. Fue una casualidad casi premeditada, pues ella se apareció de improviso en la fonda donde acostumbraban festejar los cumpleaños o el aniversario de bodas. Él la invitó a cenar y se negó a revelar los motivos que lo arrastraron hasta la fonda de la nostalgia. Luego la llevó a su cuarto de hotel y destapó una botella de ron jamaicano, sólo para descubrir que ya lo único que tenían en común era su afición a la bebida. De los cuerpos ni hablar, no valía la pena intentarlo.

Llegó como sonámbulo a la sala "E" y se venció sobre un asiento desocupado. No dejaba de sorprenderle el que entre toda la multitud hubiera un asiento para él. Reclinaba la cabeza en el borde del respaldo cuando los focos de la estación se fueron haciendo grandes, grandes, hasta casi reventar. Se inflaban como globos y el zumbido del oído se filtró hasta la médula. "Ay carajo" gimió y se dobló sobre sí mismo. Un chamaco con cara de tarado le

miraba impasible, sentado a poca distancia. El niño dejaba que le escurrieran hasta la boca los mocos que le manaban con resignación de la nariz. "Putá" —pensó—. "En esta noche me puede suceder cualquier cosa."

Y se arrellanó en el asiento. La efervescencia de la punzada iba bajando y los sonidos de la estación fueron llenando su conciencia. Un rato después, medio adormilado por el malestar, apenas tuvo tiempo para levantarse. El chofer del autobús llamaba a los pasajeros al andén. Avanzó con la mente en blanco hasta encontrarse arremolinado junto a muchos otros fardos humanos frente a una puertita. Tuvo que gastar todas sus energías, y sacar otras de donde no las tenía, para gritarle a esta bola de pendejos que no se apretujen, que todos cabemos, que por favor, me siento mal, no me empujen. Pero no le entendían. Se le estaba haciendo la cabeza de chicle, cuando de milagro pasó por la rendija y se desbocó como perro de presa a buscar el autobús. Toda su atención se concentró en rebasar a sus apestosos compañeros de viaje y en sentarse un rato, aunque sea en los asientos de atrás, no importa, nomás un ratito siquiera. Dormir sin soñar y descansar y olvidarme de Sofía, de Morelia, de esta mugrosa noche. Quería despertar a la mañana siguiente con la sensación de que nada ha pasado, o que ha pasado todo, lo peor, pero no lo ha sentido. Quería llenarse la cabeza de pájaros de colores, que aleteen por dentro, que levanten los problemas como polvo sin dejarlos asentarse en el fondo de la mente.

Y no como ahora, que extiende el

boleto al operador con las neuronas atornilladas, que sube por las escaleras del autobús como lunático y rastrea el primer asiento para derribarse. Ahora que escucha al conductor diciendo a los últimos pasajeros no tarden mucho, parece que va a llover y no podemos viajar con lluvia porque se borran los caminos. Y él, entre la modorra y el dolor, alcanza a reaccionar: ¿Cómo que se borran los caminos? Sin embargo, no puede reflexionarlo a fondo. Siente un calor similar al de su camita y lo cubre una niebla mullida que sale del asiento. De golpe, se encuentra en la sala de su casa paterna, oyendo los discos de Cri-Crí que su tía le regaló al entrar a la primaria.

“Ah cabrón —se dice—. Si yo estaba en un autobús.”

Es el momento en que siente unas ganas desahoradas de ir al baño y el estómago le ronca. “Mejor me voy a despertar. Estoy sintiendo las ganas más con la mente que con la panza.” Pero no puede abrir los ojos por más que quiere. Para acabar de joder la cosa, cuando está en el esfuerzo por abrirlos, comprende que se va a hacer caca en los pantalones y le da miedo que su mamá lo regañe. Sale corriendo por la oscuridad de la casa, con la desesperación a la espalda, pidiendo a gritos que el excusado esté donde mismo, donde ha estado siempre, pues si su mamá le ve algo de caca en el calzón le va a pegar. Es mejor que cuando esté sentado le avise que ya terminé, ven a limpiarme. En eso, descubre la puerta blanca y enorme, y la abre con dificultad porque él es chiquito. Entra al baño casi zurrándose. El baño está limpio, refulge, qué bueno y se baja los pantalones. No obstante, allá en el fon-

do de la regadera encuentra a su padre sonando una maraca. Está completamente desnudo y canta “Los Tres Cochinitos” mientras lo mira con una tristeza infinita.

Entonces grita.

Estaba sumido en el asiento del autobús. Sentía la cabeza por estallar y engrudo en la mirada. A su lado, a través de la ventanilla, los árboles del camino se internaban en la oscuridad uno por uno. El ronroneo del motor se escuchaba ligero y la noche era la más negra que hubiera recordado en su vida. De no ser por el frío y la peste a patas, hubiera jurado que el viaje era cómodo. Pero el sentimiento de soledad iba creciendo. Sin quererlo, recordó la mejor parte de Sofía: su cariño perdido, sus cuidados, su preocupación por los dolores de cabeza. Al grado que ella personalmente lo llevó un día al médico. Luego fueron con otro y con otro y con muchos más. Tantos, que al final ninguno le atinó al diagnóstico correcto. Hasta que vino el pinche siquiata con sus mamadas: que si los dolores eran ficticios, que si él los inventaba para llamar la atención, que si los sueños y las alucinaciones eran depresivos, que si los traumas de la infancia, y él que nunca le hizo caso. Era un imbécil. El mundo comenzó a estar loco desde que surgieron los siquiatas. ¿Cómo iban a ser de mentiras si se lo estaba llevando el carajo? . . .

Pero dicho y hecho. Sofía al principio le dio la razón, después se fue alejando y al final acabó enamorada del siquiata. Una mañana él dijo blanco, ella decidió negro y se terminó el cariño. La perdió para siempre, como dice la canción, y todo para nada, para meterse a vagar por

los caminos del país, para jugar a diario que la olvida y para estar más huérfano de amor que Agustín Lara.

Como no tenía sueño, levantó la cabeza por encima del borde del asiento. A ver qué tan lleno venía el autobús. No le extrañó encontrar pocos pasajeros, y casi todos roncando bajito. Se acurrucó sintiéndose cómodo y trató de borrar algunas escenas de la pesadilla. Como siempre le pasaba cuando se sentía cómodo, su mente tomaba un rumbo propio y hacía gimnasia imaginando cosas inútiles. Por puro ocio. Por ejemplo: el chofer es el único despierto —a excepción suya— y se encuentra ensimismado en controlar la carretera. Ésta se le figura como una gran serpiente negra empeñada en correr invariablemente bajo piso. Se le ocurre entonces que la nada es un líquido, y que empieza a colarse a través de las rendijas, las paredes y las ventanas del camión inundándolo todo. El pasillo es un mar calmo de nada, en el que hasta sus sentimientos se empiezan a ahogar satisfactoriamente, y las únicas ondas que perturbaban el océano son los cambios de velocidad que el conductor ejecuta en la quietud de la noche.

El dolor se había vuelto imperceptible cuando, de súbito, volvió a experimentar un alud de sueño. Parpadeó un instante al ver las luces de un pueblo que se acercaban con lentitud. Otro pestañazo, y el autobús se vio envuelto en un laberinto de calles mojadas y casas de madera que parecían muy tristes. El aire estaba muy puro, tan delgado que daba la impresión de no haber aire en ese lugar. Acababa de llover, las nubes bajas se atoraban y se rasgaban en la

punta del campanario. El ambiente se respiraba tenso, como si un nuevo diluvio se fraguara allá arriba, encima de la iglesia. Hacía frío.

El autobús paró frente a una casona vieja y destruida, a la orilla de la calle principal. En ese momento, la avenida era un río repleto de un agua idéntica a la gelatina de chocolate. Le distrajo por un segundo la mirada de ternura que le dirigía un perro ahogado. Flotaba suavemente y se alejó sin despedirse. La voz del chofer le llegó como por cable, indicándole que pararían a cenar en la casona. "Parece virreinal" se dijo antes de levantarse del asiento. En realidad no supo por qué lo decía.

Al bajar la escalerilla, descubrió un letrero descolorido. Con seguridad sirvió para indicar a los capitanes de Su Majestad que ahí se encontraba el hospedaje más cordial y la comida más barata de toda la Nueva España. Una luz tenue se filtraba por los cristales y, al cruzar por la puerta, presenció un andamio gigantesco de telarañas. Las sillas, las mesas, las paredes, las ventanas y los platos de la taberna tenían cara de víctimas de la demolición del tiempo. "Putá —pensó—. Qué asco comer aquí." La sola idea le despertó el dolor punzante de cabeza. Un rumor de trueno resonó a lo lejos. Tal parece que esa fuera la señal para que una multitud de gotas aceitosas se despeñaran sobre los vidrios de la fonda. Volvió la cara y no encontró a nadie. Nadie había bajado del autobús. Sintió miedo porque creyó que había alucinado lo de la parada a comer y el camión podía salir sin él, pero el chofer estaba sentado en una mesa del fondo. Aliviado, caminó hacia otra mesa. El dolor aullaba en

su cerebro. Al pasar por el mostrador, encontró un viejillo impasible detrás de la barra. Notó que lo miraba. Se sintió molesto por los ojillos insistentes y no halló mejor manera de salir de la situación que saludar:

—Buenas noches.

—Las noches de lluvia nunca son buenas —contestó el viejo. Tenía voz de chiflido.

“Pinche viejo mamón” pensó él. El dolorazo, la nohecita, y precisamente ahora se le ocurre a este viejo payaso ponerse a filosofar. La lluvia no dejaba ni un espacio para estar de buen humor.

—Sabe, es que venimos de la capital y yo traigo la cabeza que me estaba. ¿No tendrá de casualidad una aspi. . .

—La lluvia está cayendo igual en México que aquí, así que no existe diferencia. No veo por qué le duele más aquí, murmuró el viejo.

Estuvo a punto de mandarlo a la tiznada pero no tuvo tiempo. En ese momento aparecieron por la puerta dos caballeros altos, morenos y empapados de un agua que olía a podrido. Era raro ver que usaban capas. Estaban raídas y las botas embarradas de un lodo que parecía de siglos. Parecían tristes, como si estuvieran persiguiendo a alguien en contra de su voluntad. El viejo encendió una vela que alumbró las vigas ancladas en el techo. Las vigas tenían más polillas que la abuela de él, pero no comentó nada. A la luz de la vela, las figuras de los hombres se alargaban como de hule. Uno de ellos —el de las patillas más largas— habló:

—Buenas noches tengan ustedes —dijo.

—Buenas las tengan sus mercedes —respondió el viejillo.

Él estaba perplejo.

—Buscamos al capitán Ignacio López Rayón, del Ejército Insurgente. . .

“Cómo que el capitán López Rayón —pensó el—, si ése se murió hace como cien años.”

Pero el desconocido ni lo miraba.

—La lluvia ha borrado los caminos —continuó el caballero— hemos perdido su rastro por la sierra.

Tenía el tono de voz más desolado que se hubiera oído nunca.

“Esto es una pesadilla” murmuró él. Recordaba que la frase de que los caminos se borran la había escuchado de boca del chofer. Del que está sentado allá atrás, y se volvió a mirarlo pero no, no estaba. Ahí fue el acabose. Se le juntaron la desesperación y el dolor de cabeza, el odio a Sofía y el terror a la noche. Se le agolpó en su cráneo el deseo de salir corriendo, de llorar, de pedir por piedad que su mamá venga, que prendan la luz, y pegó un grito. Un alarido de histeria que se cortó cuando un golpe seco lo desprendió de su asiento en el autobús. El martillazo lo despertó y lo lanzó al pasillo, donde el profundo chirrido de los neumáticos se apagó con otro golpe. Se levantó indignado a reclamarle al conductor que manejara con precaución porque la lluvia borraba los caminos, pero lo vio apagar las luces. Lo vio levantarse de su asiento y acostarse en un lugar para pasajeros, mientras el autobús se internaba solo, a oscuras, en la carretera. Entonces comprendió que no estaba soñando, porque no le dolía la cabeza, y nada más pudo exclamar:

“Ay cabrón, yo creo que ya me morí y no me he dado cuenta.”